

Juana Manuela Gorriti y Euarda Mansilla...Construcción de un discurso sobre Argentina, siglo XIX.

Corres María de las Mercedes.

Cita:

Corres María de las Mercedes (2013). *Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla...Construcción de un discurso sobre Argentina, siglo XIX*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/621>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 73

Título de la Mesa Temática: Autores y obras en la cultura e identidad de la Argentina
finisecular

Apellido y Nombre de las coordinadoras: Clavel María Susana y Ferraro Liliana Juana

TÍTULO DE LA PONENCIA

**JUANA MANUELA GORRITI Y EDUARDA MANSILLA... Construcción de un
discurso sobre Argentina, siglo XIX**

Corres, María de las Mercedes

Universidad de Buenos Aires – FFyL – Historia

mercedes_corres@yahoo.com.ar

<http://interescuelashistoria.org/>

JUANA MANUELA GORRITI Y EDUARDA MANSILLA

Construcción de un discurso sobre Argentina, siglo XIX

Corres María de las Mercedes

UBA-FFyL

mercedes_corres@yahoo.com.ar

Resumen

El contexto histórico imperante en la Argentina del siglo XIX nos muestra una íntima relación entre la literatura y la historia. Dada la ausencia, en ese momento, de una disciplina histórica formalizada, y de instituciones dedicadas a ella, y ante la necesidad de configurar una Nación, emergió, a través de la literatura fundamentalmente, un relato en el cual se destacaron las virtudes republicanas y cívicas.

Si bien aquella literatura incluyó una gran cantidad de relatos históricos, es imposible distinguir en muchos casos, tal como lo afirma Hayden White, entre éstos y los relatos de ficción. Para él, el realismo histórico característico de los historiadores decimonónicos no es más que una forma particular de poética. La visión de White pone en cuestión todos los supuestos del oficio del historiador: el sentido del progreso de la historiografía, la metodología, etc, pues para él, todo es un relato de ficción.

Resulta claro, por lo tanto, que en nuestro país las producciones literarias de los intelectuales del siglo XIX han mostrado las diversas miradas de interpretación de la realidad en la que vivieron, del pasado colonial y del proyecto de país deseable. Pensemos por ejemplo en Vicente F. López, Lucio V. López, Estrada, Mármol, Echeverría, Mitre, Alberdi, Sarmiento, Hernández, Gutiérrez y tantos otros que han escrito cuentos, crónicas históricas, crónicas costumbristas, novelas, biografías, etc.

Sin embargo, además de esta enorme cantidad de pensadores, hubo un significativo número de mujeres escritoras, importantes ellas pero aún hoy no muy conocidas ni “reconocidas”. Muchas de ellas, a través de su literatura, también han mostrado un camino para pensar y recrear la idea de Nación. Es el caso de Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla mujeres cultas e intelectuales que escribieron durante el proceso de Independencia de la Argentina del siglo XIX.

La vida de ambas y su pensamiento formarán parte de este trabajo pero poniendo especial énfasis en el peso del discurso cuyo efecto es el de la construcción ideológica de la realidad. Por lo tanto, mi propuesta desde la historia es estudiar estas figuras

femeninas y a su vez analizar cómo se reflejan en sus obras algunos de los tópicos discursivos fundamentales de la cultura hegemónica argentina del siglo XIX.

Preliminar

Numerosos estudiosos del siglo XIX se han ocupado de pensar el pasado argentino, entre ellos políticos, cronistas, novelistas, periodistas y muchos más. Ahora bien, la mayoría de los pensadores y escritores de esa época participaron activamente en la vida política del país, desde el ejercicio de cargos, como funcionarios o en instituciones, hasta el desempeño de la profesión particular en tanto escritores, periodistas, abogados, etc. Sus obras literarias, sus ideas, plasmaban una imagen del pasado que, sin duda, influyeron en los distintos proyectos de Nación que se intentaron concebir desde los inicios de ese siglo.

Así pues, y haciendo una breve mención de distintos momentos históricos, encontramos que, los primeros registros dentro de la literatura fueron las crónicas de viajeros extranjeros: Ulrico Schmidel, Martín del Barco Centenera y Ruy Díaz de Guzmán. Posteriormente, durante la época colonial, surgieron con entusiasmo independentista algunos escritores como Vicente López y Planes, de Luca y Rivarola. Aparecieron también los primeros temas gauchescos en las obras de Hidalgo, Ascasubi y Estanislao del Campo.

El romanticismo francés, a través de la generación del 37 marcó la ruptura con la tradición española. Los representantes de esta generación se reunieron primero en el Salón Literario y un tiempo después en la Asociación de Mayo. Esteban Echeverría, su principal representante, creará el primer cuento local y realista *El matadero* y, también, el poema *La cautiva*. Otros de sus miembros fueron Alberdi, Cané, Quiroga Rosas, Frías, Vicente F. López, Gutiérrez y Tejedor. También Mármol quien, a mediados del siglo, publicó la primera novela argentina, *Amalia*. En ella, a través de hechos históricos reales ocurridos durante el gobierno rosista, construyó una ficción. Para esta época la novela, preferentemente la histórica, fue la más aceptada por el público. Así pues, se consideraba que los acontecimientos descritos en los relatos eran totalmente veraces y comprobables a través de fuentes históricas y, a su vez, matizados con cierta ficción. Estos miembros de la generación del 37, como así también otros del partido unitario, se exiliaron y combatieron a Rosas a través de la prensa desde Chile y Uruguay.

Las crónicas costumbristas estuvieron representadas en Vicente Fidel López y Lucio V. Mansilla entre otros. Por su parte, las crónicas históricas de Bartolomé Mitre, Juan

Bautista Alberdi y Domingo F. Sarmiento, manifestaron el sentimiento de la organización nacional en el exilio a que los llevó el régimen rosista.

Después de Caseros (1852), la prensa periódica adquirió notable importancia y, a través de ella, los diferentes puntos de vista se reflejaban en los debates de “publicistas, letrados, políticos, hombres públicos, que frecuentemente incluyeron temáticas históricas en ese sector de la esfera pública en un contexto en el cual aquellas no encontraban todavía un ámbito especializado de producción”. (Devoto-Pagano, 2009:19)

Es decir, la prensa, las tribunas políticas, los debates, las crónicas regionales o provinciales, las biografías, las historias de familia, la literatura en general, se instituyeron en relatos relacionados con las interpretaciones del pasado para encontrar en él los símbolos capaces de fundar el orden republicano y una nueva ciudadanía.

Dentro de la problemática de la organización nacional, muchos fueron los tópicos analizados y discutidos por una gran cantidad de autores. Temas como el mito de origen, unitarios y federales, civilización y barbarie, el gaucho, el indio, la inmigración, la constitución nacional, la educación, orden, progreso, y otros, se convirtieron en el centro de debate de la mayoría de las obras de los autores mencionados. Relatos históricos fusionados con relatos de ficción conformaron las producciones literarias del siglo XIX en nuestro país.

Será en este marco, entonces, que los llamados “textos fundacionales” de la literatura argentina apuntaron a construir un discurso que configure la idea misma de Nación.

Juana Manuela Gorriti

Ahora bien, en este contexto, es interesante considerar la obra de Juana Manuela Gorriti en tanto su discurso también contribuirá a la construcción ideológica de la realidad.

Juana nació en la estancia de los Horcones, Salta, el 16 de julio de 1816. Su padre, José Ignacio Gorriti, se hallaba en esos momentos en Tucumán participando de la jura de la Independencia. Tanto su padre como su tío, el clérigo, ocuparon la gobernación de Salta alternadamente y ambos apoyaban las ideas unitarias. Otro tío, conocido como el Pachi, fue el único que se hallaba alineado a la causa federal y ejerció la jefatura militar de la provincia conformando el ejército de Güemes.

Esta breve referencia familiar nos muestra que Juana Manuela creció en una familia comprometida con el momento político que atravesaba el país por aquellos años. Pero su vida no sólo estuvo signada por la influencia familiar sino también por las invasiones

realistas que soportó su provincia y por el conflicto interno provocado por el enfrentamiento entre unitarios y federales. Conoció el exilio desde muy pequeña ya que los Gorriti unitarios sufrieron la confiscación de todos sus bienes. Por este motivo la familia se dirigió hacia Tarija, Bolivia. Allí se casará con Manuel Isidoro Belzú, futuro presidente de Bolivia. Después de diez años de matrimonio, en 1843, se produjo la separación. Juana Manuela decidió instalarse en Perú, primero en Arequipa y luego en Lima donde se dedicó a la enseñanza y a la vida intelectual. Allí desarrolló una importante vida cultural con sus famosas veladas literarias. También ahí serán publicados sus primeros trabajos en la prensa que luego se harán conocidos en la prensa argentina. Veamos pues el pensamiento de Juana Manuela Gorriti considerando algunas de sus obras.

En 1845 se dio a conocer su primera narración “La quena”. Su temática se enmarca dentro del contexto colonial y hace referencia a la historia de amor entre Rosa y Hernán. Esta relación no puede prosperar dado que la mano de Rosa fue prometida a Ramírez, un oidor descendiente de españoles. Ante la inminente separación, Hernán le hizo saber a Rosa cuál es su verdadero origen: “¿Quieres saber quién es este Hernán (...)? (...) es el hijo de una india (...)”. (Gorriti, 1907:28)

Ante esta declaración, Rosa sorprendida respondió: “¡qué escucho! ¡Hernán el elegido de mi corazón, es un hijo de los incas! (...) aún antes de conocerte sentía yo al solo nombre de Manco Capac o de Atahualpa”. (Gorriti, 1907:28)

Advertimos, pues, en este texto la presencia de la cuestión indígena, la necesidad de reivindicar un pasado que parecía perdido y de trazar la idea de nación. Recordemos que el debate político del momento planteaba, entre otras cosas, una organización nacional a través de un modelo monárquico constitucional barajándose la posibilidad de que fuera encabezado por un descendiente inca. El debate giraba en torno a las ideas liberales y republicanas que provenían de la Ilustración europea.

A esto hacía referencia la madre de Hernán que, ya en su lecho de muerte, le expresó a su hijo:

Las profecías de nuestro país nos prometen un libertador que, habiendo vivido largo tiempo entre nuestros enemigos y aprendido de ellos la ciencia de las conquistas, romperá las cadenas de nuestra patria, y la dará mayor gloria y felicidad. Prométeme que tú serás ese libertador, y que para redimir á nuestros hermanos no emplearás el odio...sino la ilustración que los haga iguales, la

ilustración, el más sublime y seguro medio de libertar los pueblos. (Gorriti, 1907: 53)

Sí, libertar a los pueblos, uno de los tópicos fundamentales del siglo XIX. Libertar no sólo a los indígenas, sino también a los criollos, a los gauchos y a los negros. En este sentido, en el relato se halla presente el personaje de Francisca, una esclava negra, que colaboró para que los enamorados no puedan estar juntos. A cambio de esta participación recibirá unas cuantas onzas de oro para recobrar su libertad. Ella decía: “¡Africa! -exclamó- ¡hermosa patria mía, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! ¡voy a ser libre (...) ¡Aibar! ¡Leila! ¡hijos adorados! ¡mis hermosos pequeñitos gemelos!”. (Gorriti, 1907: 60)

Pero, además del deseo de libertad encontramos el amor desesperado de una madre para reencontrarse con sus hijos. Tema al cual siempre alude la autora en muchas de sus obras.

De forma análoga a Francisca actuó la madre de Hernán. Esta mujer rompió con la promesa que le había hecho a su padre de no tocar las riquezas que se hallaban en la ciudad subterránea de los incas. Sin embargo, ante la necesidad de viajar y encontrar a su hijo acudió a esos tesoros. Otra vez, la madre abatida.

Percibimos, entonces, la cuestión interétnica y cultural en una nación en ciernes. Blancos, indígenas, negros y también judíos. A ellos apunta cuando dice: “El uno era un viejo de aspecto repugnante, y cuyo ojo de buitre, nariz encorvada y delgados labios revelaban la degenerada raza de Jacob”. (Gorriti, 1907:67) (...) “maldito judío (...)” (...) “¿mancharíais vuestras manos con la sangre de un judío?”. (Gorriti, 1907:68)

Las características físicas aludidas y la valoración sobre las cualidades del individuo mencionado “está dando cuenta de un vacío: el de la ‘nación’ como espacio pluricultural”. (Altuna, 1999:39)

Otros de los temas abordados por Juana Manuela recurrentemente fueron: el gobierno de Rosas (1829-1852) y las guerras civiles que azotaron a nuestro país durante gran parte del siglo XIX.

Un relato importante a este respecto es el de la leyenda histórica, tal como lo define la autora, “La hija del Mazorquero” (1865). Título por de más elocuente concebido por Juana Manuela para dar cuenta del período rosista. La trama muestra la relación entre un padre, el mazorquero, y su hija Clemencia.

Clemencia se consagra a los que eran perseguidos por el régimen rosista y muere a manos de su padre quien, por equivocación, la asesina. Esta muerte pareciera representar, para la autora, una voz silenciada de quien pensara diferente.

El enfrentamiento recorre el relato y muestra al régimen como un sistema de impiedad y horror. Algunas de las expresiones del padre de Clemencia fueron: “(...) guerra a muerte a los unitarios! ¡guerra a muerte a esos malvados!”. (Gorriti, 1907:258) “Los salvajes unitarios no tienen corazón como nosotros que amamos y aborrecemos con igual violencia (...) es sangre de unitarios, esos enemigos de Dios”. (Gorriti, 1907: 265) Además, bien podrían relacionarse algunos pasajes de esta historia como un anticipo de hechos futuros. Así, Juana Manuela en el papel de Clemencia relata:

Esbozábanse en largos ‘ponchos’; y armados todos de puñales guardaban cuidadosamente una puerta. La hija del mashorquero los reconoció. Aquellos hombres eran los compañeros de su padre; aquella casa era la ‘Intendencia’, el sitio consagrado á las ejecuciones secretas, el ‘in pace’ donde los unitarios entraban para no salir jamás. (Gorriti, 1907:273)

Al leer estas líneas no podemos dejar de hacer un paralelismo entre la Intendencia mencionada y los centros clandestinos de detención que funcionaron durante la última dictadura militar argentina en el siglo XX.

En “El guante negro”, otra de sus obras, también apunta al régimen rosista como un régimen del terror: “Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba á decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron”. (Gorriti, 1907:125)

Las pugnas entre facciones hacen reflexionar a Juana Manuela sobre las guerras civiles. Las siguientes palabras muestran su pensamiento al respecto.

¿Ves estos arroyos de sangre que corren por este campo? (...) ¡Pero la tierra no puede absorberla! (...) el pampero mezcló los perfumes de los aromas con las emanaciones mefíticas de la sangre; los algarrobos dejaron caer sus flores sobre el rostro desfigurado de los cadáveres. (Gorriti, 1907:124)

No obstante, en este contexto emerge el amor entre Isabel, una unitaria, y Wenceslao, un federal, quien desea acercarse a una joven que es, justamente, Manuela Rosas.

Wenceslao, para demostrarle su amor a Isabel, decide abandonar la causa federal para unirse al partido contrario. El padre de Wenceslao resuelve matar a su hijo por esa decisión.

Y aquí aparece nuevamente la figura de la madre desesperada por el destino de su hijo. En efecto, la madre de Wenceslao enloquece y suplica por él: “Y la infeliz recorría el cuarto retorciendo sus brazos, y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar la locura que invocaba”. (Gorriti, 1907:113)

Y dirigiéndose a su marido le dice: “Toma ese puñal, abre una á una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazón, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ten piedad de mi hijo!”. (Gorriti, 1907:115)

Tal es la desesperación de esta madre que, perdiendo la razón por completo, apuñala a su esposo.

De igual forma, en “El lucero del manantial”, María, la protagonista, es otra madre que implora por la vida de su hijo. Desengañada por Manuel tiene un hijo suyo, Enrique. María se casa con Alberto quien se convierte en el indiscutible padre de Enrique. Alberto es asesinado en la Sala de Representantes y Enrique posteriormente hecho prisionero para ser fusilado. La decisión de matarlo corre por cuenta de su verdadero padre. Es allí donde la figura de la madre aparece para salvar a su hijo:

(...) corrió desolada hacia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los patios (...) preguntando á su paso por aquel de quien esperaba la muerte ó la vida...la desventurada, (...) fue a caer á sus pies. Pero al mirar á aquel hombre el ruego se le heló en su labio pálido, que se movió sin articular sonido alguno. En ese momento sonó una detonación. La infeliz madre cayó sin sentido, gritando: ¡Manuel! ¡Manuel ¿qué has hecho de tu hijo? (Gorriti, 1907:312)

Juana Manuela describe una escena en la Sala de Representantes, poniendo así otra vez de manifiesto su pensamiento con relación al régimen rosista. Ella dice:

Rosas, armado con la clave del terror, habiendo impuesto silencio al pueblo, y hecho también callar al cuerpo legislativo, quiso dar el último golpe á la dignidad nacional, y aspiró á la dictadura. Aspirar en él era mandar; y un día se oyóse la sacrílega proposición en el santuario de las leyes. Ninguna voz se alzó para combatirla. Cada representante veía en el semblante de su vecino el triunfo del miedo sobre la conciencia, y si llevaba su mirada á lo alto de la sala encontraba bajo el dosel que la dominaba al amigo, al confidente de Rosas (...) y callaba. (Gorriti, 1907:308)

Y, nuevamente, el horror de la guerra civil aflora en el relato: “Por ese tiempo, la antorcha de la guerra civil abrasó aquellas comarcas, y el fragor del cañón homicida ahogó las risas y los gemidos”. (Gorriti, 1907:299)

Por otro lado, el modelo de país que se pretendía imponer para la Argentina del siglo XIX planteaba, asimismo, la antinomia civilización y barbarie.

Sin duda alguna, esta fórmula propuesta por Sarmiento en 1845 muestra el pensamiento del momento.¹ El sanjuanino entendía a la civilización como a todo aquello relacionado con la ciudad, con lo que estaba en contacto con lo europeo, con el progreso. En contraposición, la barbarie era el campo, el gaucho, el indio, el atraso.

La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están (...) todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos (...) saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje (...) sus hábitos de vida son diversos; parecen dos sociedades distintas (...) las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae, en seguida, todas las exterioridades de la barbarie. (Sarmiento, 2009:37-38)

El modelo civilizatorio era aquel que se quería aplicar en nuestro país y el que se reflejaba en la escritura argentina de ese momento. Esta dicotomía podía también plantearse en otros términos: ciudad-campo, desierto-ciudad, salvajes-cristianos, capital-interior.

Juana Manuela remite a alguna de estas cuestiones. En su opinión, la larga guerra civil era la causante del atraso y la falta de progreso.

En *El Lucero del Manantial*, hace alusión a la frontera con el indio como línea divisoria entre la civilización y la barbarie: “En los últimos confines de la frontera Sur, cerca de la línea que separa a los salvajes de las poblaciones cristianas (...)”. “María, pálida de espanto, vióse arrebatar lejos del límite cristiano al través de las complicadas sendas que trillan los bárbaro”. (Gorriti, 1907: 292)

También, por la necesidad de crear un arquetipo de ciudadano, Juana Manuela recurre a relatos que muestran a personajes y héroes de la patria. Esta situación podemos reconocerla claramente en el caso de “Güemes. Recuerdos de la Infancia”. Ella dice refiriéndose a su propia vida:

¡Ah! Cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme como a mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme a la memoria de las virtudes de aquellos, para perdonar a la providencia los crímenes

¹ En un artículo en *El Mercurio* del 7/10/1842 Sarmiento propone por primera vez la antítesis “civilización y barbarie” con estas palabras, aunque tal dicotomía ya empezaba a ser el eje para interpretar el proceso histórico argentino en sus textos de 1841.

de éstos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y entristecido mi juventud, y la lealtad, la fe, el heroísmo y la piedad con que los otros ungiéron mi infancia, para poder decir: ¡Dios es justo!. (Gorriti, 2001:297)

Juana Manuela vuelve la mirada hacia atrás y encuentra, después de varios años, los valores que considera perdidos. La construcción de una nación ejemplar requería de virtudes y nobles acciones. Estas se hallaban encarnadas en protagonistas heroicos como Güemes y otros personajes relacionados con él: "...Güemes, rico y noble por nacimiento, ha sacrificado su fortuna entera en el servicio de su patria; y que para él no hay títulos más gloriosos que el amor de sus soldados y la estimación de sus conciudadanos". (Gorriti, 2001: 20)

Apreciamos, entonces, que Juana Manuela Gorriti refleja en sus escritos los conflictos y problemas que sufría el país durante el siglo XIX. A través de hechos autobiográficos y acontecimientos históricos alude a los temas y discursos dominantes que circulaban en aquel momento.

Eduarda Mansilla

Eduarda fue una mujer de procedencia patricia nacida en 1834. Hija de Agustina Ortiz de Rozas y Lucio Norberto Mansilla. Hermana de Lucio V. Mansilla, sobrina de Juan Manuel de Rosas y esposa de Manuel Rafael García Aguirre, un joven perteneciente a una familia antirrosista, con quien Eduarda tendrá seis hijos. Además de escritora y lectora asidua, Eduarda fue crítica de arte, periodista, cantante, compositora y traductora. Desde muy temprana edad, escribía y leía en francés; más tarde adquirirá el dominio del inglés y del latín. Su vida cosmopolita se desarrolló entre el ámbito de las cortes europeas y de la alta diplomacia internacional. Sin embargo, su identidad y la de su literatura se expresaron en la conjunción de lo foráneo y las profundas raíces criollas e hispanas que la devuelven una y otra vez a su país de origen. Se trató de una mujer culta, sensible e inteligente que supo imponerse en un contexto político e ideológico enteramente masculino. (Rodas, 2008:14)

En el año 1860 publicó en el diario La Tribuna su novela "Lucía", que posteriormente, en 1882, en la segunda edición, recibirá el nombre de "Lucía Miranda".

Lucía Miranda es un mito de origen, "porque eso es: una narración fundadora que pretende explicar la violencia interétnica y legitimar la Conquista, y que, al hacerlo,

coloca en una frontera o borde peligroso (por lo ambiguo) el rol femenino”. (Lojo, 2007:27)

En esta novela Lucía fue raptada, y su marido esclavizado, por uno de los dos hermanos timbúes enamorados de la joven. Como en otros de sus trabajos, Eduarda le concedió a la mujer la tarea educadora y evangelizadora de los aborígenes. .

El mito de Lucía Miranda tuvo varios antecedentes. Apareció por primera vez en la “Argentina manuscrita” de Ruy Díaz de Guzmán en 1612. Luego los historiadores jesuitas lo retomaron en los siglos XVII y XVIII. Posteriormente surgirá el drama de Lavardén, Siripo. En 1860, Eduarda y otra escritora argentina, Rosa Guerra, publicaron dos novelas sobre el mismo mito. Esto es indicativo de la necesidad imperante en ese momento de encontrar en el pasado símbolos que permitan lograr la organización nacional. Juana Manuela también planteó el amor interétnico, recordemos a Rosa y Hernán en La Quena, pero a través de ello no pretendió legitimar la conquista española sino más bien restablecer un pasado que parecía perdido: el pasado de los Incas. Por cierto, el hecho de haber nacido en Salta hace evidente la influencia de esta cultura que no fue tan relevante en el espacio porteño, lugar de origen de Mansilla.

Eduarda y Rosa Guerra, a diferencia de las otras versiones “no localizan en el círculo de los aborígenes los conceptos de maldad y barbarie, sino que rescatan el valor humano del grupo (...) expresa el protagonismo de la mujer como mediadora entre dos opuestos (naturaleza y cultura), como educadora y transmisora de valores morales”. (Rodas, 2008:14)

Eduarda presenta, entonces, a la evangelización como forma de superar la barbarie para llegar a la civilización. A través de esta novela, Eduarda no sólo remite al mito de origen relacionado con el pasado colonial sino también a la temática recurrente de su época: civilización y barbarie.

En realidad, para los sectores que apoyaron las gestiones de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, los principios liberales eran sinónimo de vida civilizada y su difusión tendía a eliminar la barbarie, dentro de la cual se consideraba a gauchos e indígenas. Estos sujetos sin educación debían ser disciplinados y, además, ser sometidos a las leyes y a las autoridades del país.

Por su parte, Eduarda Mansilla en su novela “Pablo o la vida en las pampas”, publicada en 1870, anterior al célebre Martín Fierro, y elogiada por el mismo Sarmiento, apuntó una vez más a la dicotomía mencionada, civilización y barbarie, y eligió especialmente al gaucho para mostrar la historia de los distintos sujetos sociales y étnicos que

habitaban nuestro país. Por cierto, a través de su novela, cuestionaba esa dicotomía en tanto que la civilización se asociaba al partido unitario y era sinónimo de progreso, mientras que al partido federal se lo relacionaba con la barbarie y lo rural.

Recordemos que Eduarda procedía de una familia federal. En este sentido, Juana Manuela consideraba a los unitarios como portadores de valores positivos en tanto los federales condensaban lo negativo.

En aquella novela Eduarda relató una historia de amor entre Pablo, un joven pobre unitario y Dolores, la hija de un federal dueño de una estancia cercana a la localidad de Rojas. Historia similar a la que narró Juana Manuela en el Guante Negro, el amor entre un federal y una unitaria.

Eduarda Mansilla aludía frecuentemente al enfrentamiento entre unitarios y federales. En uno de sus párrafos expresaba: “(...) podría decirse sin exagerar que durante mucho tiempo, los federales han disfrutado de los bienes de campo de los unitarios y viceversa”. (Mansilla, 2007:113)

En su opinión, era fundamental reflexionar acerca de esta situación y sobre ello advertía que

(...) los que aparten sus ojos con repugnancia de este recuerdo de nuestras costumbres bárbaras, en las campañas argentinas, hasta no ha mucho, se tomen el trabajo de reflexionar un momento, y a su horror primitivo sucederá, estoy segura, un sentimiento de justicia bien necesaria en el momento histórico que atravesamos. (Mansilla, 2007:114)

Por su parte Pablo, el protagonista de la novela, decía:

Nunca olvidaré su injusticia...nunca olvidaré su cobardía, nunca olvidaré sus falsas promesas (...) Me hablan de la patria (...) ¿Qué tengo yo que hacer con su patria y con su libertad? (...) Yo también amo la libertad (...) mi libertad (...) ¿Por qué me privan de ella? (...) ¡No! (...) Ya no creo en sus falsas palabras. Unitarios y federales, todos son iguales. Yo los aborrezco a todos, como ellos nos aborrecen a nosotros, pobres gauchos.(Mansilla, 2007:165)

Años más tarde, José Hernández en su Martín Fierro expresaba similares sentimientos con relación al gaucho y señalaba, entre otras cosas,

(...) yo he conocido esta tierra / en que el paisano vivía / y su ranchito tenía / y sus hijos y mujer / era una delicia ver cómo pasaba sus días (...) / Estaba el gaucho en su pago / con toda seguridad / pero aura ¡barbaridá! / la cosa anda tan

fruncida / que gasta el pobre la vida en juir de la autoridad. (Hernández, 2008: 36-38)

En el caso de Hernández, al gaucho lo identificaba como un producto social más que interétnico. Es decir, a través de su voz intentaba denunciar las injusticias que los poderes políticos y militares de ese momento ejercían sobre el gaucho.

De igual forma, Eduarda se mostraba sensible ante la situación de exclusión y explotación sufrida por los gauchos y denunciaba esta realidad a través de su literatura. Otro personaje de la novela de Mansilla, el Duro, un coronel que finalmente terminó matando a Pablo, aparecía inescrupuloso, sin moral ni ética. Enfrentado a él emergió la figura de un capitán, Vidal, que procuraba convencerlo de que no lo matara. Sus palabras fueron muy significativas y reflejaban, por supuesto, la voz y el pensamiento de la autora. Vidal, el capitán, decía:

(...) los gauchos no tienen necesidad de rigor. Es menester al contrario en este momento procurar atraerlos a nosotros (...) Unamos nuestros esfuerzos, coronel, para hacerlos mejores, haciéndolos menos desgraciados (...) que esa horrible costumbre de erigirnos, nosotros los militares, en verdugos, desaparezca de nuestros campos cuanto antes (...) pues bien, con el sistema del terror, de la opresión y de la arbitrariedad, todos se volverán gauchos malos en seis meses, si nosotros no ponemos remedio a la cosa. Créame usted coronel, en este punto los federales son más hábiles que nosotros. Los gauchos lo saben, y de ahí por qué no nos quieren. (Mansilla, 2007:291)

En este sentido, Hernández, al igual que Eduarda, consideraba que las injusticias sufridas por el gaucho lo llevaron hacia la rebeldía, la desobediencia, el desánimo y el desarraigo. Así lo confirmó cuando expresaba:

Áhi comienzan sus desgracias / áhi principia el pericón / porque ya no hay salvación / y, que usted quiera o no quiera / lo mandan a la frontera / o lo echan a un batallón (...) Y sepan cuantos escuchan / de mis penas el relato / que nunca peleo ni mato / sino por necesidad / y a tanta alversidad / sólo me arrojó el mal trato. (Hernández, 2008:44)

Siguiendo a Eduarda, advertimos que ella consideraba a esta partición de civilización y barbarie como la causante de la separación y pugnas presentes en el país. Según sus palabras:

(...) en un país donde no debieran existir diferentes clases, distinciones sociales de ninguna especie, donde el sentimiento democrático (...) había abolido toda

sombra de privilegio, debía surgir el terrible enemigo que desde su nacimiento, iba a dividir, y por mucho tiempo la República en dos bandos: el hombre de la ciudad, y el de la campaña, el civilizado y el gaucho (...) (Mansilla, 2007:218)

Por otra parte, es importante destacar en esta novela a un personaje fundamental, la madre de Pablo. Esta mujer, ayudada por otras, intentó encontrar a su hijo que había sido llevado por el ejército. “Un destino fatal empieza a trazarse en el siglo XIX para llegar a su máximo grado de criminalidad y desesperación en el XX”. (Chikiar Bauer, 2009:2)

Micaela, la madre de Pablo, remite a otras mujeres:

(...) la loca de la plaza, a quien viéramos con un pañuelo en la cabeza, guarda vivos los rasgos que serán un plural en las Madres de Plaza de Mayo. La plaza es la misma, la que mira a la Casa de Gobierno, la locura, también, la de una mujer clamando por la desaparición y posterior fusilamiento de su hijo. (Chikiar Bauer, 2009:2)

Hemos advertido con anterioridad esta misma temática en los relatos de Juana Manuela. En ellos aparecen distintas situaciones en las que emerge la desesperación y la impotencia de las madres ante la imposibilidad de salvar a sus hijos.

La preocupación de Eduarda Mansilla por el destino nacional aparecería unos años antes que Pablo. En 1860 publicó su primera obra *El médico de San Luis* y en ella ya se advertían los temas que se instalaron en el discurso de la Argentina del siglo XIX.

El personaje principal de esa novela es el Dr. Wilson. Este médico inglés protestante se casó con una criolla con quien tuvo un hijo y dos hijas. El Dr. Wilson amaba a su familia y también quería y cuidaba a sus pacientes, pobres en su mayoría, a quienes no cobraba por su trabajo. Desde este punto de vista, la autora acusaba la ambición desmedida valorando la virtud, en este caso encarnada en el Dr. Wilson. Estas virtudes también fueron destacadas por Juana Manuela en muchos de sus relatos haciendo referencia a la generosidad, desinterés, heroicidad, lealtad, valentía, fe, entre otras.

Según palabras de Eduarda,

(...) ábrese la lucha de estos dos poderes igualmente fuertes y tenaces (...) no es siempre sino la lucha de la civilización contra la barbarie, o mejor dicho, de la barbarie contra la civilización. ¿Y qué remedio amigos míos a este mal, a un mal que (...) es causado más por la impaciencia de los civilizados que por la barbarie de los incultos? (Mansilla, 2009:68)

De esta forma, entonces, Eduarda marcaba su rechazo hacia la dicotomía civilización y barbarie. Ejemplificó a través de dos personajes esta fórmula siempre presente. El Dr. Wilson, representante de la civilización, preso injustamente, se encontró con un sargento, Benítez, un gaucho en problemas con la justicia, representante de la barbarie.

El Dr. Wilson expresaba con relación a Benítez:

(...) y yo me decía interiormente: este hombre sin educación, sin la menor idea de religión, ¡qué habría sido con un alma tan generosa! (...) ¡Legisladores, jóvenes amantes del progreso (...) volved los ojos a la pampa, ved a esos millares de gauchos salvajes (...) más se alcanza con un poco de amor, que con mucho odio (...) ¿Qué sabe un gaucho de sus deberes de ciudadano? ¿Quién se los ha enseñado jamás? ¿Cómo podéis exigir el cumplimiento de lo que ignora?... ¿Por qué no ponéis escuelas en todas partes (...) que enseñen al hijo del gaucho la obligación de cristiano para que pueda comprender enseguida el deber y el derecho de ciudadano? (Mansilla, 2009:152)

Así pues, proponía la orientación religiosa y la educación como elementos para eliminar la barbarie. Efectivamente, estos temas siempre estuvieron presentes en las obras de Eduarda, tanto para referirse al gaucho como a otros excluidos de la sociedad como lo eran los indígenas.

Por su parte, para Sarmiento el indígena también formaba parte de la barbarie. Su aversión por ellos podía identificarse desde sus primeros escritos. Sólo una de sus afirmaciones nos puede esclarecer acerca de su pensamiento. Él exponía:

(...) ¿lograremos exterminar los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esta calaña no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen (...) su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre. (El Progreso, 27/09/1844)

En contraposición a este punto de vista, Eduarda pensaba que la idea siempre fue la de convertir a los indios a través de la fuerza y la represión. En este sentido, resultaba vital, entonces, la evangelización como paso hacia el rescate de las grandes virtudes que poseían los indígenas.

Para el caso de Martín Fierro, al igual que La Cautiva de Echeverría, las cautivas cristianas resultaban ser las víctimas perfectas que caían en manos de la barbarie de los indígenas. El gaucho Fierro dirá:

(...) Allí se ven desgracias / y lágrimas y afliciones, / naides le pida perdones / al indio, pues donde dentra / roba y mata cuanto encuentra y quema las poblaciones
(...) Hacían el robo a su gusto / y después se iban de arriba / se llevaban las cautivas / y nos contaban que a veces / les descarnaban los pieses / a las pobrecitas, vivas. (Hernández, 2008:44)

Después de estas interpretaciones cabe preguntarnos, entonces, si Eduarda logró superar la dicotomía o se hallaba inmersa en ella. En realidad, afirmaba recurrentemente que los gauchos e indios formaban parte de la barbarie y por ello había que educarlos y evangelizarlos. Es decir, aquellos eran capaces de ser incluidos pero, bárbaros al fin.

Será unos años más tarde cuando, en nuestro país, este discurso cambiará justamente para resaltar la figura del gaucho y del indio.

Sabemos que por muchos años fue aceptada la idea de atraer inmigración a nuestro territorio para lograr el incremento de producción y exportación de productos cuya expansión se consideraba necesaria para el desarrollo económico. Ya en 1852 Juan Bautista Alberdi pregonaba su famosa frase de “gobernar es poblar”. Esta inmigración provocaría cambios sociales significativos estimulando el surgimiento de un movimiento nacionalista. Entre sus defensores se hallaban Lucio V. Mansilla, José María Ramos Mejía, Miguel Cané y otros “quienes reiteradamente manifestaban su inquietud ante el impacto cultural de la inmigración que estaba destruyendo valores vernáculos de largo arraigo en la sociedad argentina”. (Blaché, 1991:72)

Anterior a este movimiento, surgía otra corriente nacionalista que destacaba a la literatura basada en la vida del gaucho. Este personaje, en ese momento, es mostrado con grandes atributos y cualidades. Aparecía como un modelo encumbrado por sus virtudes y valores.

El gaucho y su modo de vida pasaron a ser emblemas del folklore argentino al mismo tiempo que se eliminaba allí de cuajo al inmigrante (...) el gaucho, menospreciado poco tiempo atrás, se convierte en arquetipo de la nacionalidad argentina que eclipsa y excluye cualquier otro representante típico de las variadas regiones que conforman nuestro país. (Blaché, 1991:74)

Efectivamente, después de 1880, surgía la gran preocupación por la nacionalidad y, ante lo que anteriormente implicaba una ruptura hacia el clima antiespañol, la imagen de España cambió progresivamente.

Esta intención de recuperar valores hispanos para la formación de una nacionalidad se reflejó también en la importancia que se le dio a la escuela pública para lograr “una educación que labre pacientemente el cimiento de nuestra nacionalidad”.

De manera tal que, aparecía la idea de una nacionalidad que estaba anclada en el pasado y que provenía de la raza española.

Por otro lado, otros intelectuales como Rafael Obligado, creían que la nacionalidad radicaba en lo criollo, en la transformación de lo español en contacto con lo indígena. En una línea similar a esta, para Ricardo Rojas “(...) esa conciencia nacional se plasma cuando una nación encuentra su fisonomía particular, que en caso de la Argentina estaba enraizada en la conjunción de la tradición hispánica y la indígena”. (Blaché, 1991:77)

De esta forma, rechazaba el cosmopolitismo imperante en Buenos Aires, que con su desarraigo desvirtuaba y corrompía esa herencia cultural. Ante esta situación, surgió el gran debate sobre la cuestión indígena. “Lo que subyacía a las discusiones sobre ‘qué hacer con el indio’ y al pensamiento mayoritario que en ellas se expresaba era el tema de la ‘ciudadanización’ del indígena”. (Quijada, 1999:690)

En este sentido, las políticas se orientaron a apartar a los indígenas de sus costumbres bárbaras. En efecto, la iniciativa de convertir a los indios en trabajadores se relacionaba con la idea de que debían pasar del estadio de barbarie a otro de civilización.

En nuestro país, será en la primera década del siglo XX el momento en que se puede observar la creciente consolidación de la idea de una nacionalidad constituida con rasgos históricos y culturales propios. Así lo confirmó el Centenario, momento de exaltación y entusiasmo que sellaba esa nacionalidad tan discutida. En este sentido, los historiadores cumplieron un rol central tanto en lo que se refiere a la elaboración de relatos que dieran cuenta de la preexistencia de los Estados nacionales en el pasado como en lo relativo a la difusión de la historia entre ciudadanos. Por lo tanto, contribuyeron a la gobernabilidad integrando a los individuos sobre la base de un sentimiento de pertenencia y legitimando el orden político vigente y la supremacía de del Estado.

Eduarda Mansilla, entonces, parece haberse adelantado a estas cuestiones y sugiere que españoles, aborígenes y gauchos mostraron una relación conflictiva pero fundamental para la instauración del origen de la sociedad argentina. Para Eduarda no debía existir la barrera que separaba un “nosotros” que incluye la civilización, el blanco, el letrado, de los “otros” representados por los gauchos, indios, negros, integrantes todos ellos de la barbarie.

A modo de síntesis

Hemos advertido, por lo tanto, que a lo largo del siglo XIX se intentó definir el cuerpo orgánico de la Nación través del discurso y la literatura.

Los textos literarios contemporáneos a los sucesos narrados plasman, en muchos momentos, situaciones de denuncia o de crítica a acontecimientos o actores sociales de su época. Sin duda, este tipo de obras aporta valiosa información pero se debe tener en cuenta que se trata de textos ficcionales que manifiestan de manera figurada el pensamiento del autor sobre su época.

Sabemos que el libro, la prensa, la literatura en general, responde a las ideologías de un contexto sociohistórico determinado. Los autores hablan a través de sus personajes los cuales muestran las circunstancias de la época y su propia forma de ver el mundo.

Basta observar, a modo de ejemplo, la pampa. Ésta, quizá, haya sido el paisaje más utilizado en la literatura argentina del siglo XIX y se transformaría en un dispositivo ideológico que no sólo mostró un territorio espacial sino también la separación entre lo civilizado y lo bárbaro. También la imagen del “desierto” funcionó en el marco de los supuestos positivistas de la época, según los cuales, era una desierto cualquier espacio no poblado por hombres “blancos y civilizados”.

Eduarda intentó

(...) desde El médico de San Luis y Lucía Miranda (...) no sólo influir en aspectos concretos de la realidad, específicamente en el orden de la política, sino lograr ascendiente entre sus compatriotas, especialmente los jóvenes, en relación con el plano espiritual (...) Eduarda Mansilla amplía la repetida fusión entre vocación literaria y vocación política característica de los escritores argentinos del siglo XIX. (Chikiar Bauer, 2009)

En Juana Manuela también advertimos esa fusión entre lo literario y lo político. Todo ello enmarcado dentro de referencias autobiográficas.

Ambas escritoras crearon salones culturales importantes por donde pasaron figuras destacadas. Juana Manuela lo hizo dentro del territorio latinoamericano en tanto Eduarda fue más cosmopolita transitando espacios europeos.

Gorriti, de ideología unitaria, se dedicó a contar el espanto de la guerra civil en estas tierras y el amor entre personas de diferentes convicciones políticas. Su gran preocupación fue el régimen rosista y a éste le dedicó gran cantidad de relatos, de igual manera al enfrentamiento entre unitarios y federales. Esto era para ella la verdadera barbarie.

Por su parte Eduarda, de familia federal, sobrina de Rosas, no dio cuenta de su gobierno pero sí de la oposición entre federales y unitarios, como así también del amor entre almas políticamente antagónicas.

Ahora bien, tanto Mansilla como Gorriti, tenían muy en claro la necesidad de defender y difundir sus ideas y, notamos en sus obras la presencia de las expresiones en conflicto (civilización y barbarie, unitarios y federales, orden y progreso) en esa lucha por conformar el Estado y quiénes debían formar parte de él (inclusión y exclusión). Sin duda trataban de influir en la conciencia de sus lectores y en el futuro de los argentinos, no sólo con sus obras literarias sino también a través de las reuniones culturales organizadas por ellas.

Francine Masiello² señala que la literatura de Eduarda Mansilla “sacaba la lógica binaria” de la fórmula civilización y barbarie, a la vez que “revaloriza la imagen que proclamó del deseo de la Argentina de entrar en la Modernidad” propiciando un futuro de inclusión.

No obstante, todo hace suponer que el pensamiento de Eduarda podría entenderse como “paternalista” en tanto acusaba la eliminación de gauchos e indígenas. Justamente, la diferencia con Sarmiento es que no deseaba matarlos sino educarlos y evangelizarlos. Al fin y al cabo, ellos “no saben lo que hacen”. Esta escritora resultó ser más benevolente e intentó otro acercamiento hacia los excluidos, sin embargo, nunca pudo ser interpelada por ellos, ni entenderlos, ni aceptarlos tal cual eran, cayendo presa finalmente de la dicotomía civilización y barbarie.

Por su parte, Juana Manuela en *La Quena*, “es evidente que produce su propio sistema de exclusiones; así los judíos y los negros son oponentes en la búsqueda de la unión interracial de los protagonistas”. (Altuna, 1999:39)

Sin embargo consideraba a la educación, incluso de las clases más bajas y de las mujeres, como una herramienta fundamental para el progreso. Esta función debía estar a cargo del Estado que era el gran centro civilizador. En este sentido, adhirió a las propuestas educativas de Sarmiento en cuanto a la obligatoriedad del Estado de impartir la instrucción primaria.

En suma, ambas escritoras dieron a conocer, a través de relatos de ficción, hechos históricos, pensamientos e ideologías de la época en que les tocó vivir. De orientación política diferente, las dos mostraron el sentimiento de la sociedad de la que formaron

² Masiello Francine es profesora de literaturas hispanas y literatura comparada en la Universidad de California, Berkeley.

parte e influyeron en la construcción de una identidad argentina. En estos relatos se hallan cuestiones del pasado, costumbres, leyendas, historias de familia que fueron conformando los símbolos de la nacionalidad argentina porque “el paradójico núcleo de la cuestión nacional (...) fue que, para poder fundarse una nación argentina, debía previamente fundarse una nacionalidad de tal carácter”. (Chiaramonte, 1999:124)

BIBLIOGRAFIA

Altuna Elena, (1999), “Alianzas imposibles: la tematización del mundo indígena en Juana Manuela Gorriti y las Veladas Literarias”, Royo Amelia, Compiladora, *Juanamanuela, mucho papel*, Buenos Aires, Ediciones del Robledal, pp. 27-51.

Blache Marta, (1991) *Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual*, artículo publicado en Revista de Investigaciones Folklóricas, N°6, Universidad de Buenos Aires.

Chikiar Bauer Irene, (2009) *Revista El Arca*, “Jornadas Eduarda Mansilla”, extraída de sitio electrónico: <http://jornadaseduardamansilla.bolgspot.com>.

Devoto Fernando y Pagano Nora, (2009) *Historia de la Historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Gorriti Juana Manuela, (1907) *Sueños y Realidades*, Buenos Aires, Biblioteca de la Nación.

Gorriti Juana Manuela, (2001) *Ficciones patrias*, Buenos Aires, La Biblioteca Argentina.

Gorriti Juana Manuela, (2011) *La tierra natal*, Córdoba, Buena Vista Editores.

Hernández José, (2008) *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Distal.

Lojo María R., (2007) *La Lucía Miranda de Mansilla*, Madrid, Iberoamericana.

Mansilla Eduarda, (2007) *Pablo o la vida en las pampas*, Buenos Aires, Colección Los Raros, Biblioteca Nacional, Ediciones Colihue.

Mansilla Eduarda, (2009) *El médico de San Luis*, Córdoba, Jorge Sarmiento Editor-Universitaslibros.

Mizraje María G., (2007) en estudio preliminar de *Pablo o la vida en las pampas*, Buenos Aires, Colección Los Raros, Biblioteca Nacional, Ediciones Colihue.

Moyano Marisa, *Literatura, Estado y Nación en el siglo XIX: el poder instituyente del discurso y la configuración de los mitos fundacionales de la identidad*, extraído de sitio electrónico: <http://alhim.revues.org/index2892.html>.

Palermo Zulma, “Juana Manuela Gorriti: escritura y legado patrimonial”, Royo Amelia, Compiladora, *Juanamanuela, mucho papel*, Buenos Aires, Ediciones del Robledal, pp. 111-149.

Quijada Mónica, (1999) *La ciudadanización del “indio bárbaro”. Políticas oficiales y oficiosas hacia la población indígena de la pampa y la Patagonia, 1870-1920*, Lima, Revista de Indias, vol. LIX, núm. 217.

Rodas Giselle, (2008) *Eduarda Mansilla, Lucía Miranda (1860)*, Introducción y notas de María Rosa Lojo, Buenos Aires, Revista *Orbis Tertius*, XIII (14).

Sarmiento Domingo F., (2009) *Facundo*, Buenos Aires, Centro Editor de Cultura.